

Cecilia en verde

José Manuel Pintado

¡CHINGAOS... Chingaos!

La sonora explosión de las tres sílabas escuchadas al azar en cualquier parte me llenaba el aliento, apenas cuando empezaba a cobrar conciencia del peso específico de las palabras y de la extraña relación entre el lenguaje y el disparate que llamamos realidad.

Mis padres, menos escandalizados que sorprendidos —y mucho más didácticos de lo que hubieran podido sospechar—, me advirtieron que se trataba de una mala palabra, con lo que el chisporroteo del *chingaos* acabó de convencer mi afición por un uso secreto del lenguaje, lo que seguramente era muy ajeno a la intención de mis padres y de los maestros que los sucedieron.

¿Cómo chingaos podría haber malas palabras? ¿Había, pues, buenas, regulares, malas palabras en el acervo casi ilimitado de la articulación humana? Y si así fuera ¿cómo se habrían corrompido o cómo podrían mejorarse? ¿Habrían nacido malas o buenas de por sí?... Las interrogantes eran muchas y muy rápidas, así que por de pronto deposité aquel sonorísimo *chingaos* en un desván tan secreto como el que existía en la casa de mi abuelo y que fue mi primer refugio escapista, al que acudía cada fin de semana en compañía de las peores palabras que conseguía coleccionar secretamente entre lunes y viernes.

Fue así que, a través de una clasificación fundamentalmente sonora, las palabras empezaron a cobrar vida propia en ese desván, adonde me encerraba con ellas a inventar los mundos más inverosímiles donde brillaban sílabas resplandecientes en palabras como *abeja*, *abedul*, *aceituna*, *acordeón*, *adobe*, *alberca*, *albaricoque*, *almohada*, *banano*, *barajas*, *barranco*, *clavícula*, *coqueta*, *chocolate*, *chayote*, *fanfarrón*, *fragata*,

guacamaya, *mango*, *mamey*, *mermelada*, *misho*, *momo*, *perón*, *tulipán*, *yate*, *yelmo*, *zigzag*, *zinc*... y que me ayudaban a construir en pleno corazón urbano el paisaje selvático y fluvial del trópico que frecuentaba cada periodo vacacional.

El contraste del acento costeño con el citadino, tan presente en mis primeros años, contribuyó a darme también el paisaje sonoro del lenguaje en el que creí adivinar, a través de sus expresiones, interjecciones, inflexiones y variedad de tonalidades, vastos territorios y mapas intrincadísimos. Pero además me puse fugazmente en contacto con las mágicas potencias de la palabra, y en algunas ocasiones logré incluso mover la realidad a través de ese magnetismo que empezaba a percibir en ella, aunque siempre lo hice para restablecer la justicia en un mundo que parecía perderla a pasos agigantados.

Entre el zoológico tropical que surgía semana a semana en la cocina de mi abuelo, donde mi tía Betsabé preparaba los guisados más inverosímiles, apareció una enorme tortuga que inmediatamente supe que pertenecía al ámbito de las cecilias por la dulzura de su mirada, aunque su caparazón y talega defensiva y ofensiva la situaran más cerca de la región de los quelonios, según supe lustros más tarde.

Cecilia se convirtió rápidamente en una ínsula sobre la que navegaba los mares tormentosos del patio de mi abuelo, y aquella concha lentísima de ojos adormilados se volvió durante meses mi balsa de naufrago y mi alfombra mágica.

Un sábado de nítida memoria advertí preparativos inusuales en el tráfigo familiar, que me obligaron a hacerme perdedizo en mis secretas exploraciones en el desván, tapiado de un linóleo verde con ornamentos vegetales, que contribuía a acomodar las atmósferas imaginarias en las que

me sumergía entre sonidos como *baobab*, *ceiba*, *guirnalda*, *tumefacto*, *rododendro*... y que me llevaban inevitablemente a rescatar a una princesa color canela de los riesgos más riesgosos, mientras me transportaba en los corredores de la luz de la tarde donde flotaban miles de pecas de polvo, galaxias momentáneas que hacían más reales mis universos.

Cuando finalmente salí de mi escondite esa tarde me topé con un hecho prodigioso. Cecilia había escapado y había dejado arrumbado, como al descuido, su vacío caparazón junto a unos alcatraces que empezaban a atortugarse y a cerrar sus hojas como los párpados de Cecilia. Me adentré en el sueño imaginándome a Cecilia llena de frío, pero recorriendo ágilmente el camino hacia la costa donde seguramente la esperaba un nuevo caparazón.

Sin embargo la injusticia me esperaba para jugarme una mala pasada: la más grande que me hubiera hecho hasta entonces, aunque debo admitir que a la fecha se ha ido superando puntualmente.

Como era fin de semana me había quedado a dormir en casa del abuelo como ocurría con frecuencia, y a la primera luz de la mañana me asomé al patio para cerciorarme de que el caparazón seguía por ahí, y que su dueña había logrado consumir su escapatoria. Quedé satisfecho del examen aunque acabó llamando mi atención algo extraño que estaba al margen del orden caótico que reinaba habitualmente en la cocina. Se trataba de un olor poderoso, que ascendía desde el humo de un perol que hervía tenazmente a fuego lento. Me trepé como pude a la mesa donde la tía Betsabé había dejado un reguero de tripas y restos que me parecieron conocidos, y me asomé al perol donde aún latía el corazón inconfundible de Cecilia, mientras se sumergía y volvía a asomarse entre los borbotones de un caldo espeso y espumado de tonalidades medio ocres y apenas blanquecinas. A ratos emergían también otros restos de Cecilia menos corazonados pero igualmente palpitantes, a los que se les unió un diluvio de hierbas y verduras que mi tía vertió tan tranquila mientras me daba unos buenos días como si ahí estuviera pasando cualquier cosa.

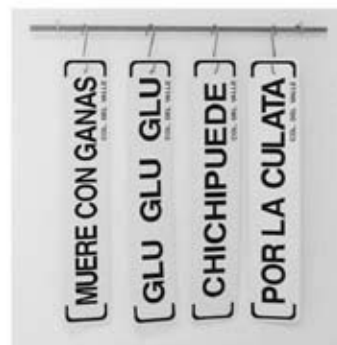
Toda la mañana me la pasé tratando de atar los cabos sueltos de ese atentado a un orden de la vida que yo me había imaginado inquebrantable, pero eran cabos sueltos demasiado contundentes. La normalidad aparente con que todos se movían a mi alrededor parecía decirme que la vida también es así y que no había nada más que hacer. Sólo me hubiera gustado despertar antes del amanecer para haber salvado a Cecilia de haberse convertido en otro caldo alquímico entre los afanes afilados de mi tía. Lo que más me contrariaba era que Cecilia no hubiera protestado, que no me hubiera hecho

saber lo que le hacían mientras yo dormía plácidamente.

Supe que se trataba de una comida de cumpleaños porque hacia el mediodía las piernas de adultos se multiplicaron y tuve que refugiarme nuevamente en el desván, adonde me llegaban los brindis y el inconfundible traqueteo de las fichas de dominó al que mi abuelo era adicto cada fin de semana.

Oí de pronto que el oleaje de exclamaciones y risotadas se calmaba y adiviné que los adultos estaban ya a la mesa. No pude menos que acercarme hacia la cocina, donde la tía Betsabé daba los últimos preparativos al caldo que había servido en el platón de fiestas. Me acerqué con tristeza a ver, aunque fuera a respetable distancia, los últimos momentos de Cecilia. Trabajosamente mi tía transportó la sopera desde la cocina y cerró la puerta que daba al comedor. En ese preciso momento escuché el llamado de Cecilia. Me tiré al suelo y desde la ranura de la puerta logré localizar el cuidadoso viaje de la sopera entre los comensales mientras Cecilia me lanzaba su llamado al que no pude dejar de responder. Cuando el platón estaba a punto de ser depositado en el centro de la mesa, mi mirada se volvió el espejo del llamado de Cecilia y en ese momento lancé –repitiendo vertiginosamente y en voz apenas audible el nombre de Cecilia– el tropezón a distancia que nunca he podido volver a lanzar y el caldo, ahora verdoso, salió volando limpiamente del plato de fiesta hecho añicos para depositarse entre las lianas del linóleoum, sin haber quemado ni de cerca a ninguno de los comensales que a fin de cuentas no tenían la culpa.

Hace años que no me topo con ninguna Cecilia, pero cuando ocurre que conozco a una persona con ese nombre, casi siempre de mirada dulce, procuro no repetir su nombre más de dos veces seguidas. •



JOSÉ MANUEL PINTADO fue becario del INBA. Ha sido productor de televisión cultural por largos años. Autor de *Batemares* (1979), *Cartas de navegación* (1980) y *Conversatorio de Yaxilán* (1991).